

# El consumo de la realidad amorosa gay: pensando al amor en situación<sup>1</sup>

*Consuming gay love reality: analyzing love in act*

**Maximiliano Marentes\***

\*. Licenciado en Sociología (UNSAM), magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (IDAES-UNSAM). Doctorando en Ciencias Sociales (FSOC-UBA). Becario doctoral de CONICET con sede en IIGG/FSOC/UBA. [maximiliano.marentes@hotmail.com](mailto:maximiliano.marentes@hotmail.com)

**Resumen:** En este trabajo reflexiono sobre el consumo de la realidad amorosa en varones gays. Algunas líneas de investigación en la sociología del amor, como la de Eva Illouz, sostienen que gran parte del modo en que amamos está precodificado por los relatos amorosos que aparecen en los medios de comunicación de donde emerge una utopía amorosa. Intento poner en cuestionamiento el funcionamiento de dicha utopía romántica. Si bien es cierto que los medios contribuyeron a consolidar y legitimar historias de amor que lo idealizan, al momento de reapropiárselas, las personas ofrecen resistencias culturales ante dicha codificación. A partir de un abordaje cualitativo con entrevistas en profundidad a varones gays de entre 18 y 33 años, que viven en el Área Metropolitana de Buenos Aires, se reconstruyeron 44 historias de amor. El trabajo se estructura en tres ejes. El primero de ellos versa sobre el modo en que se apelan a diferentes distanciamientos (como la parodización y la ridiculización) para criticar la utopía romántica. El segundo eje recupera la historicidad de las relaciones que, cuando se plantea cómo debería ser un momento romántico, devenga necesario desplegar las trayectorias afectivas de

---

1. Agradezco los valiosos comentarios de quienes evaluaron este artículo, que sirvieron para mejorarlo sustancialmente.

las personas. Finalmente, en el tercer eje el foco es puesto en las magnitudes de las cosas que hacen que el consumo del amor se relacione con bienes pequeños y simples y no con regalos lujosos y ostentosos. Como conclusión, se destaca la necesidad de conectar la dimensión amorosa con otras esferas de la vida, de las que se desprenden los sentidos románticos que los actores atribuyen a sus experiencias.

**Palabras clave:** amor, gay, emociones, trayectorias.

**Abstract:** The aim of this paper is to reflect about the consumption of gay love reality. Some scholars specialized in sociology of love, as Eva Illouz, consider that the way in which we love is pre-coded by loving narratives from the mass media, emerging a romantic utopia. I try to question the function of this utopia. Even it is true that media contribute to consolidate and legitimize love stories that idealize it, when people try to reappropriate them, they offer cultural resistance to this codification. From a qualitative approach based on in depth interviews with 18-33 years-old gay men who lived in Buenos Aires, I reconstruct 44 love stories. This paper is structured in three parts. In the first I analyze different ways of detachment, such as parodies or pointing them as ridiculous, to criticize that romantic utopia. In the second part, I try to go back to the story of relationships in order to understand the real meaning of romance in those affective trajectories. In the third part I focus on magnitude of things that make the consuming love related to small and simple goods and not to luxury gifts. In the conclusion section, I emphasise the necessity to connect love dimension with other spheres of live, from which emerge the romantic senses that people give to their experiences.

**Keywords:** love, gay, emotions, trajectories.

## **Introducción: haciendo justicia a las palabras de Diego**

Ya había pasado la mitad del otoño de 2015 cuando entrevisté a Diego, un artista performático de veintisiete años. Tras más de dos horas de charla, le pregunté si recordaba alguna escena de libro o película que le pareciera romántica. Disculpándose por su mala memoria me dijo que no se le venía ninguna

a la mente. Le conté de un amigo que una vez me había dicho que soñaba una escena de película: él caminando por la calle cuando de atrás viene alguien corriendo a decirle *Te amo*. Entre risas, Diego comparó al que expresó su amor con un fan y de pasarle a él, inmediatamente llamaría a la policía.

El mismo Diego que ironizó sobre lo que sería una escena romántica construida y codificada por los medios masivos de comunicación me explicó que el romance puede equivaler a 300 gramos de bife de chorizo, un corte de carne popular en Argentina. A mitad de una cena habitual con quien ese momento era su novio, se miraron de manera cómplice cuando ninguno pudo terminar el bife de chorizo. Al darse cuenta de que era demasiado, en ese mismo instante, los dos, con tan sólo un gesto de los ojos, se volvieron vegetarianos.

Lo que este joven gay estaba sugiriendo era que la codificación del romance y la cosificación del amor en las sociedades capitalistas actuales no agotan las experiencias de consumo y práctica de este sentimiento. Por el contrario, para entender la forma en la que viven el amor las personas, es necesario entenderlo en situación, a partir de su puesta en acto. El objetivo de este trabajo, entonces, es hacer justicia a la mirada de Diego: analizar el fenómeno amoroso en su puesta en acto a partir de experiencias concretas. Para ello, el trabajo se estructura en tres ejes problemáticos de esa puesta en acto: las distancias con discursos amorosos utópicos, la necesidad de historizar los vínculos y las magnitudes que se juegan en el amor. Antes es necesario precisar algunas cuestiones.

## Precisiones teórico-metodológicas

Allá por 2015, cuando inicié la investigación doctoral sobre amor en varones gays que sigo desarrollando, hice entrevistas para acercarme al campo. En ese momento no tenía tan en claro qué era eso del amor gay en lo que me quería concentrar. Por esa fecha estaba leyendo *El consumo de la utopía romántica* de Eva Illouz (2009)<sup>2</sup>. Este libro resulta una lectura obligatoria para quienes

---

**2.** Eva Illouz realizó estudios en sociología y comunicación en Francia, Israel y Estados Unidos. En este último país obtuvo su doctorado en Comunicaciones y Estudios Culturales en la *Annenberg School for Communication* de la Universidad de Pensilvania, en 1991. Desde entonces, se ha

investigamos empíricamente el amor desde una clave sociológica, pues es una de las primeras obras de la sociología del amor que, por un trabajo sistemático, aborda empíricamente el fenómeno amoroso. Muchas de las contribuciones al estudio del amor desde la sociología, en su constante pregunta por la imbricación entre modernidad e individuación (GARCÍA ANDRADE Y SABIDO RAMOS, 2014; ILLOUZ, 2009, 2012; JÓNASDÓTTIR, 2014), consisten en reflexiones teóricas o incluso ensayísticas de grandes teóricos sociales que ponen al servicio de sus perspectivas analíticas el fenómeno amoroso (BAUMAN, 2013; BECK Y BECK GERNESHEIM, 2001; GIDDENS, 2004; LUHMANN, 2008). La obra de Eva Illouz, en cambio, establece un salto cualitativo y un gran aporte a dicha línea de trabajos a partir de una investigación de corte empírica, de la que emergen las reflexiones teóricas. Fascinado por ese trabajo, me inspiré en la guía de preguntas que utilizó la autora para armar mi propio cuestionario, claro que modificando muchos de los puntos puesto que el instrumento se aplicaría exclusivamente a varones gays, en Argentina, en 2015. Otros sujetos, otro país, otro tiempo. No logré explicitar, en ese momento, que las preguntas que Illouz hacía a quienes entrevistaban pretendían analizar cómo se consumía el amor, partiendo de la noción de que ese sentimiento había sido ya codificado y cosificado por las industrias culturales de masas.

Comencé haciendo entrevistas a varones gays jóvenes<sup>3</sup>. En ese acercamiento exploratorio entrevisté a nueve varones de entre dieciocho y treinta y tres años, que vivían en ese momento en Ciudad de Buenos Aires y alrededores, la mayoría de clase media. Las entrevistas duraban alrededor de dos horas y

---

convertido en una referente mundial de los estudios sociales de las emociones y la cultura en el capitalismo tardío. En sus trabajos resuena la pregunta por la dominación cultural, desde una perspectiva afín al marxismo y al feminismo. Actualmente se desempeña como docente e investigadora en The Department of Sociology and Anthropology de the Faculty of Social Sciences de The Hebrew University of Jerusalem y en L'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

**3.** El criterio de demarcación etaria se basa en que los varones jóvenes gays fueron socializados en un régimen de la gaycidad, marcado por la tolerancia y la aceptación, permitiendo vivir relaciones de pareja con una mayor libertad relativa, a diferencia de lo sucedido en el régimen de la homosexualidad (MECCIA, 2011).

media, casi tres, y muchas veces las hicimos en dos encuentros, ya que cuando comenzaban a hablar de amor, se entusiasmaban demasiado. Entre mayo y agosto de 2015 hice este primer trabajo de campo. Por cuestiones referidas a mi trayectoria académica, primero suspendí el trabajo de campo y luego lo abandoné para retomarlo en 2017 pero con otra propuesta teórica metodológica. La sensación que me había quedado de estas entrevistas era que no hice las preguntas adecuadas. El descontento venía por preguntas tales como cómo debería ser una cena romántica. Me respondía con algunos elementos que había encontrado Illouz, pero insistían en que dependían de con quién sería esa cena, del cómo se podría dar y enseguida me lo ejemplificaban con situaciones como la de los 300 gramos de bife de chorizo, que al dejarlo por la mitad, Diego y su novio se los dieron a los gatos.

Mi tesis de maestría en sociología de la cultura fue una de las excusas que me llevó a interrumpir el trabajo de campo. En ella continué con la propuesta iniciada de Illouz (2009) que sostiene que el modo en que amamos se encuentra precodificado por ciertas industrias culturales. Es decir, aprendemos cómo deberían ser los rituales románticos a partir de lo que vemos, por ejemplo, en las películas. Me propuse identificar y reconstruir los guiones amorosos que estructuran de las historias de amor entre varones que aparecieron en los medios de comunicación argentinos posterior a la sanción de la ley de matrimonio igualitario<sup>4</sup> (MARENTES, 2017). Pero cuando intenté hacerlo, me di cuenta de los supuestos teóricos y epistemológicos de la propuesta de Illouz. A saber, la fuerte influencia de la escuela de Frankfurt. A riesgo de simplificar, cuando esta tradición teórica piensa los medios de comunicación masivos, tiende a ver sólo la dominación ideológica a partir de los mensajes que estos emiten, suponiendo

---

**4.** La ley 26.618, conocida popularmente como ley de matrimonio igualitario, se sancionó en Argentina en julio de 2010, en el medio de una fuerte movilización de distintos sectores que la promovían y de otros que se oponían a su aprobación. Esta ley estableció una serie de modificaciones en el código civil, entre las más importantes, que dos personas, sin importar su sexo, pudieran casarse (CLÉRICO y ALDAO, 2010). En término de Illouz (2012), esta ley implicó un cambio fundamental en la ecología de la elección del sujeto amoroso de varones gays argentinos hacia la segunda década del 2000.

que los consumidores son autómatas que reproducen acríticamente aquello que ven. Si bien es cierto que la propuesta de Illouz no puede ser reductible a todos los postulados de la escuela de Frankfurt, en su obra resuenan esas interpretaciones cuando observa que las mujeres y los varones de clase obrera y clase media de los Estados Unidos de fines de los años ochenta y principios de los años noventa que entrevistó proponen una comprensión del fenómeno amoroso más afín a la codificación del romance que proponen los medios masivos de comunicación. Por las diferencias con las personas que forman parte del objeto empírico de este artículo, esas interpretaciones deben ser matizadas. Al ser varones gays, no han sido socializados bajo un modelo que, de manera constante casi como un bombardeo mediático en distintos medios de comunicación, historias de amor que representen sus deseos homoeróticos. Por el contrario, este tipo de historias han tendido a ser minoritarias. Por otro lado, el contexto de la investigación es completamente diferente: si bien el ámbito del Área Metropolitana de Buenos Aires hacia 2015 puede pensarse como un punto neurálgico de la modernidad tardía occidental, siguen operando diferentes tradiciones culturales que hacen necesario matizar la impronta modernista de la propuesta de Illouz. En síntesis, no intento sostener que el análisis de la autora citada sea erróneo, sino que, por las características del fenómeno aquí estudiado, deba ser matizado. Por lo tanto, desde otro posicionamiento teórico, me propongo problematizar la relación entre codificación del amor y consumo acrítico, que permita entender que la forma en la que los varones a los que entrevisté viven el amor se acerque a una cena romántica a la luz de las velas en un restaurant exclusivo pero también a los 300 gramos de bife de chorizo.

Intento inscribir este trabajo en otra tradición de autores que esbozaron herramientas conceptuales que, distanciándose de los supuestos de la escuela de Frankfurt, proponen entender la forma de vida de las culturas populares a partir de sus propias experiencias. La primera de ellas viene de los estudios culturales británicos, entre cuyos referentes se encuentran Thompson (1995), Williams (1982, 2009) y Hall (2004). Desde diferentes ópticas y sobre distintos objetos de estudios, los estudios culturales británicos permitieron ver que la idea de reproducción acrítica del sistema (capitalista) debe ser puesta

en cuestionamiento, siendo necesario recuperar la experiencia que los sujetos dan a sus prácticas, viendo allí modos de agencia y de resistencia cultural. En una línea similar se sitúa de Certeau (1996), quien apela a la noción de *táctica* en contraposición a la de *estrategia* que caracteriza a la situación poderosa. De Certeau propone ver qué hacen realmente los sujetos con aquello que el poder, por medio de sus instituciones, demarca que tienen que hacer. Las tácticas, como microresistencias culturales, son menos planificadas y donde se despliega la incertidumbre y la perspicacia de los sujetos. Esta propuesta coincide con la de Abu-Lughod (2006) quien inaugura una tradición de etnografías multisituadas, proponiéndose investigar qué hacen las mujeres de una aldea egipcia cuando ven una novela producida por la elite cultural de El Cairo; es decir, qué sentido dan a aquello que ven y cómo —críticamente— interpretan dichos mensajes.

Volviendo al análisis del amor propongo visitar esas entrevistas que había abandonado, pero desde una perspectiva crítica. En otras palabras, hacerlo tratando de recuperar lo que estos varones me estaban diciendo: que es imprescindible ver al amor en acto, en situación. Retomo aquí la propuesta de Collins (2005) sobre clases sociales al ver la estratificación social en acto: cómo se dan las dinámicas que permiten ver los procesos de enclasmiento social a partir de interacciones situadas. Collins considera que los análisis estadísticos siguen siendo necesarios para entender la estratificación social, pero no suficiente. Sostengo que lo mismo sucede con el amor: existe una utopía romántica codificada y cosificada, pero ésta no agota cómo las personas realmente viven, practican y consumen el amor.

En estas páginas propongo pensar que si bien es necesario conocer los modos en que el romance es codificado en los medios de comunicación, eso no agota la experiencia del modo en que se consume el amor a partir de su puesta en acto. Hay una extensiva descripción de los varones a quienes entrevisto y de las historias de amor que me cuentan. Es cierto que muchas veces nos enamoramos tanto de nuestros datos que nos cuesta distanciarnos de ellos, pero la propuesta no sólo se debe a ese enamoramiento. Como, haciéndome eco de los estudios culturales, intento recuperar la experiencia de los sujetos,

considero necesario esforzarse por hacer justicia a sus historias (al menos las que me contaron) y citarlas del modo más completo posible, con el fin de ilustrar la condensación de sentidos que poseen. Es cierto que, como en todo trabajo, quedan líneas sueltas que podrían seguir siendo exploradas; no obstante, opto por incluirlas dejándolas sueltas con el fin ilustrar que el amor se emparenta con otras dimensiones de la vida de las personas que es necesario no olvidar. Siguiendo a Bazin (2017), trato de describir las historias que me han contado, con el fin de que esa descripción muestre el sentido que estos varones dan a sus prácticas, sus experiencias y sus ideas, sin que la lente interpretativa que se ve en ciertos modelos de descripción empañan la vida de esas personas. A riesgo de parecer *naïve*, en este texto busco recuperar el carácter humano de las ciencias sociales, no olvidando que las personas con las que trabajamos, son justamente eso, personas, con visiones de mundo específicas, historias particulares y, sobre todo, sentimientos. Tras la digresión epistemológica sobre cómo me acerco a sus historias, comencemos por el distanciamiento de la utopía romántica.

## El distanciamiento de la utopía

Uno de los primeros varones al que entrevisté, Elías, es un joven que por ese momento tenía veinticinco años. Se había mudado de Rosario a Buenos Aires por un novio, con quien vivió pero al tiempo se terminó todo. Logró conseguir un buen trabajo como secretario de la Embajadora de Cooperación y Coordinación Internacional de la Nación. Al charlar sobre cómo sería un momento romántico ideal para él, enseguida me dice que no es una salida al cine: pues necesita conversar y en el cine no puede hacerlo. Por eso prefiere ir a cenar, donde sentado frente a su cita, podría hablar. Es tajante con que no le gusta el *cliché* ese de las velas, le parece de hecho una *huevada*<sup>6</sup>, y no es tanto de esas cosas. *Obviamente* prefiere el *catering* de un buen restaurant y del confort, aun cuando es capaz de pedirse algo tan poco romántico y estilizado como milanesa con papas fritas.

---

5. Introduzco las palabras textuales de los entrevistados con cursiva, pues las comillas detienen el flujo de la lectura.

6. Forma coloquial de referir a un sinsentido.



Pensando con Illouz (2009), postulo que Elías reconoce que la codificación pre-establecida de una cena romántica: a la luz de las velas. Pero enseguida desestima ese escenario, reniega de él y se distancia críticamente, caracterizándolo como una *huevada*. Claro que siguen resonando aspectos de la estilización romántica: habría *jazz* de fondo, la iluminación sería tenue y el restaurant no sería en el pleno centro porteño donde nos encontrábamos haciendo la entrevista. Elías asociaba el consumo del amor con bienes lujosos y un estilo de vida más de clase media-alta argentina que de sectores populares. Las cenas en espacios lujosos, según Illouz (2009, p. 175), tienen un poder simbólico más fuerte y resonante ya que facilitan la ritualización del romance.

El énfasis en la cena romántica, presente en Illouz y extensamente preguntado por mí en las entrevistas, se debe a que se relaciona esta actividad con uno de los escenarios *par excellence* de la ritualización del romance. De hecho, Illouz (2009) cita una investigación que hicieron con una colega con jóvenes de entre ocho y dieciséis años, quienes aún no habían tenido ninguna cena romántica, pero que podían describir con lujo de detalles cómo debería ser. Al mismo tiempo, las cenas son vistas como uno de los actos de consumo que más definen al romance. De todos modos, que exista esa idealización de una cena romántica no implica que esa estandarización no permita micro resistencias culturales, como señala críticamente Costa a la propuesta de Illouz (2006) Volviendo al caso de Elías, él proponía un distanciamiento crítico de ese momento romántico súper idealizado, a partir de definir uno de los componentes, las velas, como una *huevada*. Lo que hacía por medio de esas definiciones era ironizar al respecto. Para Illouz (1999, 2009, 2012) es habitual que se utilice la ironía para mostrar un distanciamiento de una matriz romántica normativa. Aún más, esa estrategia se debe al desencanto producido por experiencias anteriores, que impide comprometerse y creer plenamente en la conciencia romántica (ILLOUZ, 2012, p. 255). No obstante, el distanciamiento crítico, que puede ser ironizar como hace Elías, nos lleva a pensar que la codificación del romance nunca llegó a ser tan totalizante ni homogeneizadora. Aún más, para varones gays como los que entrevisto, la ironía no es sino una marca tradicional de sus estrategias discursivas (SÍVORI, 2004), en la que también se encuentran el *camp* y el *kitsch*.

Cuando le pregunto a Diego por cómo podría ser un momento romántico, enseguida introduce la comida al decirme que sería en la casa de él cocinándole algo rico a quien fuese su cita (o siendo él el agasajado en casa de otro). Para Diego, cocinarle a otro es una mayor demostración de amor que salir a cenar. Pero puede darse el caso de que el otro no pueda cocinarle: por no saber o por desinterés. O como le pasa a él, que tiene épocas en que está ávido por cocinar y otras en las que no tiene tantas ganas de preparar comida. Diego es interpelado por las fluctuaciones en sus ganas por hacer cosas y también por su situación económica. Estaba viviendo una de las primeras veces que, como artista, tenía un trabajo y un salario fijo: un contrato por seis meses. Con cierto pragmatismo resuelve este joven los rituales amorosos, pragmatismo que se lo dio por un lado el haber tenido una presencia activa y constante en los últimos años en el mercado de intercambios eróticos. Allí ha conocido una buena cantidad de chicos, algunos con los que sólo tuvo sexo y otros con los que le interesó trascender ese episodio y comenzar otro vínculo. Pero su pragmatismo viene además porque la imagen de una cena romántica, escindida de sus condiciones materiales de posibilidad, puede llevarnos a lecturas simplistas del amor. Ante mi pregunta de si una cena afuera de la casa puede llegar a ser una salida romántica, Diego es tajante: *Sí, claro*. Pero para él lo romántico no lo hace ni la cena ni el lugar, sino la trama en la que se inscribe. Ejemplifica diciendo que podría darse el caso de estar saliendo con alguien, pasan todo un día juntos y cuando se acerca la hora de la cena, ninguno tiene ganas de cocinar y prefieren quedarse en la cama besándose todo el día. Entonces, en ese hipotético caso — tan hipotético como una cena romántica — puede ser romántico ir al bodegón de la vuelta de la casa de Diego, que tiene una luz de tubo fluorescente poco afín a un escenario romántico ritualizado, comer algo rápido y volver juntos a la casa para seguir mimándose. Es decir, lo romántico no constituye una dimensión etérea de la posible relación que él estuviera tejiendo, sino que se debe enmarcar en condiciones concretas.

Al preguntarle a Bautista qué cosas haría de querer pasar una noche romántica con alguien, responde, tras un breve silencio, que será muy previsible: ir a comer a algún lugar donde se pueda charlar, cerca de las nueve de la noche,

donde haya poca gente y después salir a caminar por algún lugar solitario como Puerto Madero, barrio exclusivo de Buenos Aires. Ante mi insistencia por la cena romántica, Bautista, un licenciado en historia que en ese momento tenía veintisiete años, me va respondiendo cómo podría ser ese acto amoroso, extensamente ritualizado: en un restaurant de comida india en donde pasen jazz, con poca gente alrededor y con una iluminación tenue, pero, por una cuestión presupuestaria, no sería por Puerto Madero. Tras pensar un poco lo que me viene diciendo, Bautista me comenta que, por lo general cuando sale con alguien y lo va a conocer, le pasa que una cena es algo muy formal, como con *mucha carga*. Prefiere juntarse en un bar, donde incluso puede que, de todos modos, surja algo súper romántico. Este joven que trabaja de editor de libros escolares propone, en sintonía con Elías y con Diego, un distanciamiento de aquella cena romántica sumamente precodificada, pero por otras razones. Debido a su hiperritualización, tal como sostiene Illouz (2009), la cena romántica se termina volviendo una carga, justamente por el peso simbólico de la codificación. La pesadez de la forma puede quitarle el verdadero disfrute de lo que sería algo romántico para Bautista: una buena charla. A lo largo de las más de cuatro horas que estuvimos haciendo la entrevista en esos dos encuentros, me dejó en claro que para que el amor resulte debe apoyarse en una muy buena fluidez comunicativa. Haciéndose eco de las palabras de Winston Churchill me dice que *una buena charla debe agotar los temas y no a quienes conversan*. Y parte de la dinámica que se pueda generar en la conversación, que para él le resulta romántica, puede alcanzarse a partir del distanciamiento con la sobredimensionada ritualización de los actos amorosos. Una buena charla puede darse incluso en lugares poco propicios y, *a priori*, poco románticos: como un boliche, con música muy fuerte y con mucho olor a humo de cigarrillo.

Tanto para Elías como para Bautista, parte del romance descansa en la conexión comunicativa que se puede establecer con la otra persona. En ellos resuena la lógica comunicativa del modelo amoroso que tan bien ha desarrollado Illouz (2009, 2010): esquema de relaciones que descansa en la expresión y exteriorización del yo profundo, y se logra por la verbalización de los sentimientos. En esas charlas se va construyendo y consolidando una unión de pareja, y

como capas sedimentándose, el amor se vuelve real. Por eso es de esperar que lo que ambos consideran como romántico sea la conexión que se logra por una buena conversación más que el escenario en sí mismo donde tenga lugar la escena. Si bien ambos reconocen que ese escenario podrá ayudar a escenificar el amor, no es suficiente para lograr un momento romántico.

Claro que tanto Elías, Diego y Bautista piensan en momentos románticos hipotéticos, porque deben también hipotetizar sobre con quién sería dicho momento. Al estar solteros en el momento en que los entrevisté, la pregunta los llevaba a plantear *in abstracto* una situación con alguien con características similares a la de la situación (abstracto). Para Francisco esto era más fácil. Este joven que en ese momento tenía veintisiete, llevaba ya un año de novio con Lucas, un par de años menor que él. Al preguntarle por un cómo sería un momento romántico con su novio, Francisco me comenta una opción cotidiana, en la que él le cocina algo a Lucas. En esa cena sería infaltable el jazz, música que le encanta a ambos, tampoco podría faltar el vino Malbec, y, a diferencia de los otros jóvenes a los que entrevisté, le gusta poner velas aromáticas para ambientar la escena (es decir, el departamento de un ambiente donde vive solo Francisco, por sobre la casa en la que vive Lucas con su hermano y su hermana). Sí es negociable uno de los ingredientes preferidos de Lucas: los mariscos. Como a Francisco no le gustan, al punto de darle arcadas, prepara unas *bruschettas*, o una picada, o unos nachos con alguna salsita, es decir, cualquier cosa medio *rebuscada* que se pueda comer con la mano. Es cierto que Francisco, este joven que trabaja como analista de siniestros en una compañía de seguros, responde rápidamente las preguntas por los momentos románticos, no sólo por su intento constante, tal como él dijo, por hacer sentir a su novio sumamente especial, sino también porque ya teniendo un novio han tejido una historia. Sobre este punto versa el siguiente apartado.

## Recuperando la historicidad del amor

El amor y el romance, si bien suelen estar codificados y cosificados en los medios de comunicación, aparecen enmarcados en historias concretas. De allí que sea necesario contextualizar las experiencias románticas a partir de cómo

son vividas por estos varones. Eso implica rastrear las especificidades que sirven a ellos para entenderlas de ese modo, especificidades que como investigador no puedo ignorar.

Sentados en una de las, según Matías, mejores heladerías de Buenos Aires, hicimos la primera parte de la entrevista. Este joven, próximo a doctorarse en artes a sus treinta y tres años, me venía contando cómo había comenzado su historia amorosa con Mati, un contador y perenne estudiante de filosofía, de un par de años más que él. Compartían el nombre y también la pasión por la filosofía, cosa que enamoraba mucho a Matías. Ellos se conocieron en un centro cultural gay de la ciudad de Buenos Aires. Esa noche Matías comenzó a coquetear con un chico, que justo estaba interesado en Mati. Luego de la intervención de una artista performática trans que los arengó a que se besaran entre ellos (cobrándose como comisión algunos besos), terminaron los tres en la casa de Mati. A Matías, que había vivido una experiencia sexual muy marcada por discursos normativos de su educación católica y que le había llevado un tiempo ir deconstruyéndose y empezar a disfrutar de una sexualidad más libre, le encantaba la idea de hacer su primer trío. Entre tragos, caricias y música, los tres se calentaron. Carlos, el tercero en discordia, mucho más interesado en Mati que en Matías, se fue. Matías y Mati quedaron solos y se *encamaron*. Al día siguiente, Mati le propuso tomar mates, luego hacer un asado, después abrir una botella de vino, y finalmente volver a tener sexo; Matías contestó a cada una de esas invitaciones con un *Bueno, dale*. Tras dos días de un fin de semana muy intenso, Matías volvió a su casa. Volvieron a verse al fin de semana siguiente, fueron a cenar (MATI SUPO LLEVARLO AL BODEGÓN IDEAL PARA QUE MATÍAS COMIERA LA MILANESA CON PAPA FRITAS QUE HACÍA UN TIEMPO ANHELABA) y en esos días repitieron lo de la semana anterior: no se despegaron. Después de esos dos maratónicos primeros encuentros, Matías se daba cuenta de que Mati no encajaba en la categoría *amante* con la que solía pensar sus vínculos signados por el buen sexo y la buena predisposición para la charla. Cuando se dio cuenta, Matías y Mati ya estaban siendo novios. Y eran novios no sólo entre ellos, sino también para sus familias y amigos. Hacia los primeros días de julio de 2012 viajaron en auto a una ciudad litoraleña para

festejar el cumpleaños de Matías, de donde era oriundo y en la que vivían sus amigos. Por teléfono le había contado a su madre que iría con su novio. Era la primera vez en ocho años que le contaba a su mamá que estaba con alguien, la primera vez luego de que ella le hubiera dicho cuando él salió del closet que no quería, ni iba a querer nunca, saber nada de su vida. Ella aceptó el desafío y para sorpresa de Matías, comenzaron con Mati una excelente relación suegra-yerno desde el momento en que se vieron, conversaron y lograron tener una muy buena afinidad.

Por esos días Mati le dijo a Matías, en sentido figurado, que *se quería matar*, pues justo la noche antes de conocerlo había comprado un pasaje a Europa para agosto. Este joven enamorado compró un pasaje para viajar juntos. Al mes siguiente se fueron a recorrer, en un mes, el viejo continente. Después de contarme todo el recorrido que habían hecho, le pregunto si tiene algún recuerdo romántico del viaje. Con lágrimas en los ojos por una profunda emoción que lo arrebata, Matías me relata el atardecer que pasaron frente a la fuente de Cibeles, en Madrid. Esa fuente era especial para ellos. Apenas se conocieron Mati le hizo escuchar a Matías una de sus canciones preferidas, de Sabina, que narra la historia de un loco enamorado de la estatua de esa fuente, que una noche escapa del manicomio para llevarle un anillo. Matías, delante de la fuente, se largó a llorar de la emoción: por las Cibeles, por la canción, por su novio, porque todo estaba siendo maravilloso. Lo maravilloso era todo lo que se jugaba en ese momento, que de tan romántico seguía emocionando a Matías incluso después de tres años de haber ocurrido. Y para entender esa profunda emoción que este joven me comparte, es necesario enmarcar este acto en esa historia de amor, que lo llevó a Matías a ponerse por primera vez de novio con otro varón cuyo amor era correspondido, con quien compartían hasta el nombre y a quién su madre también había aceptado, tras ocho años de desinterés sobre su vida amorosa (o, mejor dicho, interés en que la mantuviera oculta).

Siguiendo la propuesta de Illouz, veríamos en el caso de Matías que algo de ese componente romántico de la escena descansa en el consumo de ciertos bienes onerosos (como el viaje a Europa). Pero no todo el romance está garantizado por los recursos económicos. Lisandro, un bailarín de unos veintitrés

años cuando lo entrevisté, hacía poco más de dos meses que había vuelto a vivir a la ciudad de Buenos Aires. Oriundo de un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, la primera vez que vivió en la Capital Federal lo hizo cuando escapó de la casa de su madre, que no tomó muy bien que el tercero de sus siete hijos fuera gay. A Lisandro más de una vez le tuve que pedir que me precisara los tiempos en que sucedían las cosas, pues entre que se escapa de la casa materna y vuelve, pasó por vivir en la calle, ponerse de novio, vivir en la casa de la familia de éste, vivir sólo con su novio en un departamento, perder temporalmente la memoria, ser engañado por su pareja, tener sexo con un desconocido y arrepentirse, comenzar a estudiar una carrera universitaria que era un mandato paterno para su novio, entre muchas cosas más. Renuente a nombrar a sus parejas, aceptó mi iniciativa de llamarlos por apodos. El primer novio fue El Héroe, apelación que condensaba la salvación que había sido para Lisandro conocer a este joven, un día en que ambos estaban haciendo un curso de verano en una escuela de danza clásica. Se conocieron por accidente, cuando Lisandro, *atropellado*<sup>7</sup> como de costumbre, con los borcegos en la mano y un morral en el que guardaba sus cosas, corriendo para no llegar tarde a la clase, tropieza con un escalón y cae al piso. Quien luego se convertirá en héroe lo ayuda a levantarse y le pregunta si se encontraba bien. Acomodándose, Lisandro desestimó su caída y entró al salón. Se reencuentran, pero ya en medio de la clase, cuando en el espejo cruzan sus miradas. De verse en clase pasaron a tenerse en Facebook y luego a tener el número del otro. Claro que llevó un tiempo, no por la renuencia de ninguno de los dos a pasarle el número al otro, sino porque Lisandro tuvo que reparar un celular, que usaba con un palito de chupetín, hasta que recicló algunas piezas del celular de su prima, que tenía el mismo modelo de teléfono. Ya en una relación de un poco de mayor intimidad, el contacto era cotidiano y fluido. Después de dos citas, la tercera fue la vencida. Era una noche de verano y fueron a comer algo. Caminaron un rato por el centro porteño hasta que frenaron y se quedaron en el banco de una plaza. Charla va, charla viene, ya se habían hecho las dos de la madrugada. Si bien ambos se daban cuenta de que eran otra cosa más que amigos, ninguno

---

7. Torpe.

se animaba a dar el primer paso. Hasta que en esa conversación se filtró la declaración de Lisandro: desde el momento en que el futuro héroe lo asistió para que se levantara del suelo, le había gustado. Lisandro fue correspondido y también había gustado desde ese momento. Movidado por una fuerza irrefrenable, Lisandro avanza y ambos se entregan en ese que será su primer beso.

Tanto la historia de Matías como la de Lisandro recuperan uno de los componentes que ha caracterizado al amor romántico desde su surgimiento: su carácter heroico. En la medida en que las parejas se conformaban a partir de arreglos matrimoniales entre familias, comunidades, o grupos del que las personas formaban parte, terminar casándose por algo tan endeble y poco objetivo como el amor resultaba un absurdo (COONTZ, 2006; ILLOUZ, 2012). De allí que aquellos amantes quienes se entregaban a las pasiones y deseaban conformar una pareja por afinidad electiva eran resaltados en las narraciones literarias como locos. La promesa del amor romántico contiene, en su surgimiento, un germen revolucionario: elegir libremente con quien establecer un lazo afectivo. Una de las pistas que sigo en mi investigación en curso es si el amor gay es vivido, en los primeros amores, a partir de su carácter heroico en una sociedad signada por la heterosexualidad obligatoria (RICH, 1996). Dejando abierta esta arista, las historias de Matías y Lisandro contienen ese espíritu contestatario, pues en ambos casos, a pesar de sus grandes diferencias, establecen uniones con otros varones aun cuando sus madres no estuvieran muy (o para nada) de acuerdo. La rebelión por el sujeto amado revitaliza el romance que caracteriza las historias de ambos jóvenes. Ahora bien, no son sólo las madres quienes dificultan las uniones de parejas.

Facu, un joven de diecinueve años que estaba en los primeros años de la carrera de Ciencia Política y trabajaba como vendedor en un local de ropa, identificó un momento romántico con Gastón cuando hicieron la *típica* de escribir sus nombres en un arbolito. Pero para llegar a ese momento habían pasado muchas cosas. Facu y Gastón se conocieron en un colectivo en la madrugada de un domingo cuando volvían de bailar. Casualmente iban para la misma zona y, aún más casualmente, vivían en la misma calle, a unos metros de distancia. Claro que como no todo es casualidad en la vida; Facu al día siguiente



se enteró que no era todo tan así. Como habían tenido muy buena onda en ese viaje quedaron en encontrarse en la tarde del domingo en una plaza que queda cerca de la casa de Facu. Muy contento fue para encontrarse con Gastón, un joven unos años más grande, quien le gustaba mucho. Facu no sólo se termina encontrando con Gastón sino también con su novio, Facundo, con quien Facu compartía el interés en Gastón, el barrio donde vivían y el nombre. Resulta que Gastón había salido la noche anterior a un boliche gay para conocer chicos para agrandar su grupo de amigos. Facu acepta el desafío y, un poco a su pesar pero también movilizado por la situación, comienza a establecer una relación de amistad con Gastón. Salen juntos, van a bailar y a recitales, incluso atraviesan toda la capital y el conurbano para ver a una banda a las tres de la mañana de un sábado. A medida que crecían las tensiones entre Facundo y Gastón, se consolidaba la imagen de Facu como el tercero de esa relación. Si bien al principio no había más que una amistad, Gastón y Facu terminan, casualmente, yendo a dormir a un *teló* donde el sueño de Facu, de tener sexo con Gastón, se haría realidad. Facu rápidamente dejará de ser el tercero cuando Gastón y Facundo cortan, momento en que aprovecha y comienzan a vivir libremente su amor. Esa libertad se consume en Tigre, un lugar cercano a la Ciudad de Buenos Aires, con paisajes naturales compuesto de ríos, islas y mucho verde. En un árbol de allí, y en medio de una gran excitación por haberse sobrepuesto al obstáculo del otro novio de Gastón, escriben sus nombres dentro de un corazón. A diferencia de Matías y Lisandro, en la historia de Facu el carácter heroico del romance viene de la mano de que Gastón ya tenía novio.

Habiendo recuperado el distanciamiento crítico que proponen estos varones con la ritualización del romance y viendo cómo lo romántico reactualiza la historia en particular en la que se inserta, queda ver por el tamaño del amor. Es decir, cuán grandes son las cosas que llevan a vivir un romance más intenso y a qué responde eso. Veamos cómo lo pequeño expresa una grandeza.

## Las magnitudes del amor

De su relación con Arturo —un colorista profesional que trabaja en una peluquería y por quien Elías se fue a vivir a Buenos Aires— este joven atesora

muchos momentos, algunos más divertidos que otros. Entre las sorpresas ingratas se encuentra el festejo de uno de sus cumpleaños. Esa noche, en su departamento, Elías atendió el portero y una voz diferente de la de Arturo le indicó que bajara. Acatando la invitación, Elías bajó pensando que encontraría a otra persona llevando un regalo. Y algo parecido sucedió: Arturo esperaba a su novio, pero en una limusina. Para Elías, la sorpresa, ingrata, era *grasa* y nada *cool*. Rogaba que no lo hubiera visto ningún vecino, pues se habría sentido muy avergonzado. Al día siguiente, al contárselo a sus amigos, Elías se reía por la situación que había atravesado la noche anterior, cuando esa limusina lo tomó por sorpresa, pero para mal. Este tipo de gestos con Arturo, aunque poco agradables, eran harto habituales. Al tener una posición económica muy buena, no escatimaba en gastos, como cuando le dijo a Elías, aun estando distanciados, que fuera al aeropuerto a buscar un pasaje que tenía a su nombre para que viajaran juntos a Uruguay. Elías se sentía agradecido y reconocía que había tenido suerte. Pero esa compulsión de Arturo por no tener un control de sus gastos los llevaba a veces, a fin de mes, a conformarse con menos. En ocasiones llegaban a los últimos días del mes con un presupuesto ajustado que los obligaba a buscar salidas más creativas para mantener encendida la fuerza del romance. Así, en vez de almorzar afuera, agarraban una manta, unos sándwiches y se iban al parque, a estar tirados bajo el sol y en contacto con la naturaleza. Para Elías, entonces, el dinero puede a veces officiar de facilitador para ciertas salidas amorosas, pero no es un limitante, o al menos no debería serlo. En última instancia, la creatividad como la de la salida al parque era jugar en la escala de los detalles, escala en la que se miden las relaciones amorosas. Detalles que podrían ser comprar el diario y unas medialunas, hacer un jugo de naranja y preparar un café con leche para ofrecerle al novio un desayuno especial, algo a lo que Arturo lo tenía más acostumbrado. O incluso acompañar a la pareja al trabajo, sea en auto o sea en subte, que aunque Elías nunca lo había hecho, podría ser un detalle romántico.

Lo que había caracterizado la relación de Elías con Arturo fue su carácter intenso y vertiginoso. De hecho para Elías el amor debe ser así. La metáfora que utiliza para explicarlo es *Sentir que en el interior de uno hay un líder sindical*

*haciendo una manifestación o un piquete.* Este esquema, netamente pasional de lo que debe ser el amor, contrasta con otro que supone la construcción diaria de esa relación (SWIDLER, 2001). Francisco, más cercano a esta alternativa, propone que hay que entender *al amor como una planta*, que necesita ser regada, abonada, cuidada, que se le cambie la tierra e incluso que se llegue a transplantar. Este esquema del amor lleva a que Francisco piense que, al igual que con la planta, para mantener viva la pasión y el afecto es necesario valerse de un trabajo diario, cotidiano. Y en esa línea, los detalles adquieren un lugar especial. En su rutina de pareja, Francisco constantemente piensa qué le gusta a su novio para agasajarlo y atenderlo, para que cada detalle lo haga sentir tan especial como él lo considera. Ante la pregunta de *qué son esos detalles*, Francisco enumera algunos de los que abonan la tierra de su noviazgo: esperar a Lucas con una buena comida preparada por él y tener la cama impecablemente armada con sábanas limpias y perfumadas, que huelan bien. Así como hay lugares en que las plantas crecen mejor que en otros, el secreto del amor es que se pueda sentir cómodo, incluso estando en la casa del otro. Para Francisco, tener chocolates en la heladera, de esos que a Lucas tanto gustan, es un modo de *regar* la relación. Otro abono que recibe este noviazgo es el helado con que a veces, ya estando acostados, Francisco sorprende a Lucas, quien emocionado le dice *Ay, me trajiste helado*, antes de darle un beso. Para este joven de veintisiete años no hay nada más lindo que ver cómo su amado novio se duerme cuando él le está haciendo masajes. Ese es otro de esos detalles. Claro que las plantas no viven solamente de detalles, pero en esas pequeñas cosas y gestos diminutos el amor se pone en acto dejando ver la importancia por hacer sentir al otro tan especial que se convierte en merecedor de un sinfín de atenciones.

Manu hacía referencia a detalles pero pensándolos como gestos simples. Cuando a este joven profesor de danzas folklóricas, que hacía dos años se había mudado a Buenos, le pregunté si consideraba que el romance era importante para que durara el amor, no dudó en responder que sí, era una de las formas de retroalimentarlo. A sus treinta y tres años, y tras haber tenido tres novios y hasta una novia, sabía que había mucha gente que confundía el gesto romántico con cosas ostentosas. Y para él, esa no era la medida el amor, pues las cosas

que él quiere para sí las puede conseguir por sus medios, pero las cosas simples, *pavadas* que alimentan al amor, hacía que quienes se las hubieran dado no fueran vistos como cualquier otro. Marcelo, su última relación, un empresario de treinta y siete años que vivía en Santa Fe pero que constantemente iba a Buenos Aires por trabajo, tenía varios de esos simples gestos que a Manu hacían sentir especial. Como una vez que Manu, que hacía poco se había mudado a su actual casa, encontró al llegar de su trabajo unas flores con una tarjetita que decían *Las flores hacen un hogar*. Es cierto que el mercado ha sabido capitalizar las flores como un código específico del romance, pero no deja de ser menos cierto que ese gesto, simple, sirvió para que Manu sintiera más cerca a Marcelo. Él me explica que esas pequeñas atenciones debían ser recíprocas, pues en última instancia se corre el riesgo de desbalancear el romance. Recordó que cuando trabajaba en una heladería como encargado de salón tuvo un gesto muy romántico para con Marcelo. La relación que llevaron durante cinco meses fue casi a distancia, y solían verse sobre todo por Skype. Marcelo trabajaba en eventos, por lo que tenía que preparar para uno de esos eventos una buena cantidad de grullas de *souvenir*. Manu colaboró con él, haciendo algunas. Entre las tantas grullas que armó, había una que era especial: la hizo con un papelito naranja que tenía ahí en el trabajo, y que llenó con frases del estilo de *Lindo, te quiero. Besos*. Esa grulla, la grulla naranja, tuvo un lugar especial ya que no fue puesta dentro del paquete con todas las otras, que después hizo llegar a Marcelo por medio de su amiga que estaba en Buenos Aires y viajaría a Santa Fe. Y ese lugar, o para ser más preciso, ese envoltorio era un vaso térmico de esos en los que se sirve el café, que al igual que el papel naranja, sacó de su trabajo. Esa grulla que viajó de Buenos Aires a Santa Fe fue bien recibida por Marcelo, quien le dedicó un espacio en uno de los estantes que tenía al lado de su computadora, en donde ponía recuerdos de lugares a los que había viajado. Desde su casa, y vía Skype, Manu fue testigo de cómo esa grulla naranja era asignada a ese lugar especial.

La valoración del amor a partir de la pequeña escala con la que se mide se relaciona con la noción de los afectos como un campo desprovisto del interés (HOCHSCHILD, 2003, 2008, 2012; ILLOUZ, 2009; ZELIZER, 2011). Es decir,

con una noción de que lo afectivo, de ser medido por la vara de la grandeza material contaminaría eso que debe diferenciar al amor: su carácter genuino. En términos de Boltanski (2001), sería entender que el amor es regido por un régimen de grandeza específico de una ciudad, imposible de traducir en el que la escala de los bienes materiales, típico de otra ciudad. Rodri vivió una escena así entre nuestro primer y segundo encuentro. En la segunda parte de la entrevista le pregunté si había aparecido en su vida alguien nuevo. Lo que podría tomarse como nuevo, pero que para él no era tanto, fue un chico que conoció la noche del viernes en uno de los boliches en los que Rodri era *habitué*. Él bajaba una escalera cuando se cruzó con un pibe. *Yo te conozco* fueron las palabras de Rodri, una mentira que cumpliría la función de iniciadora del diálogo. Y así fue, ya que el pibe se sorprendió por lo malo que era Rodri para *chamuyar*<sup>8</sup>. Entre risas se quedaron ahí al pie de la escalera charlando. Ese comentario, de una graciosa crítica al intento de chamuyo de Rodri, le había caído muy bien. Comenzaron la típica charla del *¿Vos qué hacés?* con las que se intenta conocer a alguien y Rodri le comentó que tenía veintisiete años, que estaba terminando una licenciatura en relaciones públicas y que estaba trabajando como gestor de cobranzas en una empresa de seguros, actividades que para Rodri no eran gran cosa. El pibe se sintió avergonzado ante tamaño currículum porque se había topado con mucha gente muy prejuiciosa de lo que hacían los demás y por eso no quería contar de sí. Bastante desprejuiciado, un poco fiel a su estilo pero otro poco por el alcohol que había tomado, lo animó a que le contara. El chico había empezado a estudiar fotografía, pero había tenido que dejar porque no le alcanzaba el dinero. Un comprensivo Rodri le preguntó en una afirmación *Pero estás trabajando*. Y así era, el joven estaba trabajando de algo que no quería decir, hasta que finalmente contó: era cajero en una empresa de cobro de impuestos. Este joven cajero, de diecinueve años, le contó a Rodri que le había *dado cosa*<sup>9</sup> decirle a qué se dedicaba porque lo veía terminando una carrera y trabajando en una gran empresa de seguros. A Rodri eso le generó ternura y le pareció que el cajero había sido muy genuino. Para

---

8. Intentar conquistar a alguien con exageraciones o mentiras.

9. Generado incomodidad, vergüenza.

este cobrador de seguros era uno locura intentar compararse con otra persona a partir del trabajo, claro, esa comparación en el marco de un intento de acercamiento erótico en medio de un boliche, sumado a que Rodri veía a su trabajo solamente como un medio para su pasión, el teatro. En esa comparación de ciudades regidas por principios de equivalencias y magnitudes específicas, se genera un desajuste. Desajuste que termina generando ternura y reconecta con algo de lo máspreciado en los regímenes del amor: su carácter desinteresado medido por gestos simples, detalles y actos genuinos.

## **Conclusiones: pensar el amor en acto**

El objetivo de este trabajo fue resaltar la necesidad de proponer un esquema analítico sobre el amor que, desde las ciencias sociales, tome a este fenómeno a partir de su puesta en acto. Claro que ello no implica dejar de reconocer el papel de las representaciones que los sujetos tienen sobre el amor, pues gran parte del conocimiento que tenemos en los estudios sociales del amor se deben a esos trabajos. Pero sí el interés ha sido mostrar cómo esas representaciones no agotan la forma en que los varones gays, sujetos de esta investigación viven, experimentan y, por qué no, sienten el amor. Pensar al amor en situación me llevó a trazar un posible camino argumentativo, tal como he propuesto en estas páginas.

La primera parte versó sobre cómo estos varones gays a los que he entrevistado recuperan críticamente la ritualización del romance. Sin dejar de reconocer que existen modos precodificados de cómo deberían ser los momentos románticos como una cena (eje de análisis del punto), al preguntar por cómo debería ser una cena romántica, estos varones me fueron respondiendo qué sentidos le daban a ésta. El distanciamiento de esa cena ideal que tanto se ve en las películas nos llevó a reconocer que parte de lo romántico también dependía de sus condiciones de posibilidad; es decir, dependía con quién fuera y en qué momento. Así, esas condiciones podrían bien adaptarse a la cena ya ritualizada o, por el contrario, proponer salidas en espacios *a priori* no románticos, pero que en situaciones puntuales, se les imprima dicho carácter.

De ese modo, comenzó a emerger uno de los segundos puntos de este recorrido del amor puesto en acto: la necesidad de no perder la especificidad

de las historias de amor. Para eso propuse detenerme en algunos momentos románticos de estos varones. Hacer eso implicó que para llegar a entender lo romántico de dicho momento era necesario ir desplegando la trama narrativa que se había ido tejiendo para llegar a dicha escena. La dimensión heroica presente en estas historias reactualiza una de las particularidades de esta configuración emocional moderna. Es cierto que ese amor que se enfrenta a condicionamientos sociales repone su carácter disruptivo en tanto se espera que un varón se enamore de una mujer y no de otro varón, pero también esto aparecía cuando el amor se vivía como improbable visto que uno ya tenía novio. También es cierto que estos momentos fueron referidos más a los inicios de la relación que a cuando ya se había ido consolidando. Sin embargo, lo que ha permitido ver esta historicidad del romance fue cómo el amor se conjuga con otras dimensiones de la vida, volviéndose algo más mundano que el idealismo utópico que tanto caracteriza a este sentimiento.

Cuál es la medida de ese amor es el último de los puntos de este recorrido. Allí la propuesta ha sido, conectando con el punto anterior de la dimensión mundana del amor, entender sobre qué bases se materializa. De manera similar a lo que sucedía con la cena romántica — en la que el lujo favorecía su ritualización — en este punto, a partir de historias puntuales, el intento es analizar las magnitudes del amor en un sentido que nos deje ver cómo ciertas medidas se inscriben en una lógica específica, muchas veces enmarcadas en analogías explicativas del amor. Es decir, cómo el amor se mide por los detalles, los gestos simples y el carácter genuino. Si bien a veces resulta complicado medir el amor, es cierto que las escalas a partir de las cuales se miden son pequeñas. Y esto se deba, tal vez, al esfuerzo que debe hacerse porque eso tan insignificante y cotidiano como podría ser una grulla de papel naranja pueda ser vista como un pequeño y simple, pero al mismo tiempo grande, gesto de amor.

Finalmente, es necesario volver sobre algo aportado en la introducción, el hacer justicia a las palabras de Diego. Hacerlo implica no sólo tomar en serio lo que este joven, al igual que los demás, tenía para decirme sobre el amor, sino también tratar de reconstruir el sentido que éste adquiere en su vida. En ese movimiento propuse valerme de cierta sensibilidad humana a la hora de entrevistarlo como a la hora de contar lo que me dijo. Devolverle su carácter

de persona es lo que permite hacer justicia a Diego cuando me daba a entender que un análisis de ese estilo implica pensar que el amor en acto puede pesar 300 gramos de carne.

## Referencias

ABU-LUGHOD, Lila. Interpretando la(s) cultura(s) después de la televisión: sobre el método Íconos. **Revista de Ciencias Sociales**, n. 24, 2006, p 119-141.

BAUMAN, Zygmunt. **Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.

BAZIN, Jean. Interpretar o describir. Notas críticas sobre el conocimiento antropológico. En GARZÓN ROGÉ, Mariana (Ed.), **Historia pragmática. Una perspectiva sobre la acción, el contexto y las fuentes**, Buenos Aires: Prometeo Libros, 2017, p. 105-124.

BECK, Ulrich y BECK-GERNSHEIM, Elisabeth. **El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa**. Barcelona: Paidós, 2001

BOLTANSKI, Luc. **El amor y la justicia como competencias**, Buenos Aires: Amorrortu, 2000.

CLÉRICO, Laura y ALDAO, Martín (Comps.). **Matrimonio Igualitario. Perspectivas sociales, políticas y jurídicas**. Buenos Aires: EUDEBA, 2010.

COLLINS, Randall. **Interaction ritual chains**, Princeton: Princeton University Press, 2005.

COONTZ, Stephanie. **Historia del matrimonio: cómo el amor conquistó el matrimonio**, Barcelona: Gedisa, 2006.

COSTA, Sérgio. ¿Amores fáciles? Romanticismo y consumo en la modernidad tardía. **Revista Mexicana de Sociología**, 68(4), 2006, p. 761-782.

DE CERTEAU, Michel. **La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer**, México: Universidad Iberoamericana, 1996.

GARCÍA ANDRADE, Adriana y SABIDO RAMOS, Olga. Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. En Adriana GARCÍA ANDRADE y Olga SABIDO RAMOS (Coord.), **Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea**, México:



Universidad Autónoma Metropolitana, 2014, p. 11-35.

GIDDENS, Anthony. **La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas.** Madrid: Cátedra Teorema, 2004.

HALL, Stuart Codificación y descodificación en el discurso televisivo. **CIC Cuadernos de información y comunicación**, n 9, 2004, p. 215-236.

HOCHSCHILD, Arlie. **The managed heart.** Berkeley: University of California Press, 2003.

HOCHSCHILD, Arlie. La frontera de la mercancía. En **La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo**, Buenos Aires: Katz, 2008, p. 49-70

HOCHSCHILD, Arlie. **The outsourced self. Intimate life in market times.** New York: Metropolitan Books, 2012.

ILLOUZ, Eva. The Lost of Innocence of Love. Romance as a Postmodern Condition. En Mike FEATHERSTONE (Ed), **Love & Eroticism**, Londres: Sage, 1999, p. 161-186.

ILLOUZ, Eva. **El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo**, Buenos Aires: Katz, 2009.

ILLOUZ, Eva. **La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda**, Buenos Aires: Katz, 2010.

ILLOUZ, Eva. **Por qué duele el amor. Una explicación sociológica**, Buenos Aires: Katz/Capital Intelectual, 2012.

JÓNASDÓTTIR, Anna. Los estudios acerca del amor: un renovado campo de interés para el conocimiento. En Adriana GARCÍA ANDRADE y Olga SABIDO RAMOS (Coord.), **Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea.** México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2014, p. 39-80.

LUHMANN, Niklas. **El amor como pasión. La codificación de la intimidad.** Barcelona: Península, 2008.

MARENTES, Maximiliano, **Amor entre varones gays. Un análisis de producción cultural a partir del matrimonio igualitario (2010) en la Argentina.** Instituto de Altos Estudios Sociales, UNSAM, 2017. (Tesis de Maestría)

MECCIA, Ernesto. **Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad**, Buenos Aires: Gran Aldea Editores, 2011.

RICH, Adiranne. Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. **DUODA Revista d'Estudis Feministes**, n.10, 1996, p. 15-45

SÍVORI, Horario. **Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990**, Buenos Aires: Antropofagia, 2004.

SWIDLER, Ann. **Talk of love. How Culture Matters**, Chicago, EEUU: The University of Chicago Press, 2001.

THOMPSON, Edward P. **Costumbres en común**, Barcelona: Crítica, 1995.

WILLIAMS, Raymond **Cultura y Sociedad 1780-1950. De Coleridge a Orwell**, Buenos Aires: Nueva Visión, 1982.

WILLIAMS, Raymond. **Marxismo y literatura**, Buenos Aires: Las Cuarenta, 1009.

ZELIZER, Viviana. **Economic lives: how culture shapes the economy**. Princeton: Princeton University Press, 2011.

**Recibido:** 28/03/2019

**Aceito:** 31/10/2019